



Maudó García, Lucía. "Un desierto que siempre ha sido un desierto": sobre *Días de ocio en la Patagonia*, de W. H. Hudson".
Estudios de Teoría Literaria. Revista digital: artes, letras y humanidades, julio de 2019, vol. 8, n° 16, pp. 127-137.

"Un desierto que siempre ha sido un desierto": sobre *Días de ocio en la Patagonia*, de W. H. Hudson

"A desert that had been a desert always":
about *Idle Days in Patagonia*, of W. H. Hudson

Lucía Maudó García¹

Recibido: 15/04/2019

Aceptado: 01/06/2019

Publicado: 05/07/2019

Resumen

Desde los primeros años de la infancia –transcurrida en la pampa argentina–, William Henry Hudson (1841-1922) entabló un contacto profundo con la naturaleza, especialmente con los pájaros. En 1871 tuvo la oportunidad de conocer otro espacio argentino, la Patagonia, que se presentó ante sus ojos con las características de lo bello y, especialmente, de lo sublime. *Días de ocio en la Patagonia* (1893) es la narración de esa experiencia trascendental, escrita a partir de las anotaciones realizadas en su diario de naturalista, que se ve acompañada por una amplia descripción de la fauna y de la flora del lugar, así como por sus reflexiones en torno a los conceptos de *placer, gusto o animismo*.

Palabras clave

Hudson; Patagonia; diario; literatura argentina; gusto.

Abstract

Since his childhood spent in Argentina, the writer William Henry Hudson (1841-1922) was in contact with nature, especially with birds. In 1871 he travelled to Patagonia, which seemed to him beautiful and sublime. *Idle Days in Patagonia* (1893) is the narration of this experience, previously written in a diary, and the description of the fauna and flora of this place. It's also a reflection about the concepts of *pleasure, taste and animism*.

Keywords

Hudson; Patagonia; diary; Argentinian literature; taste.

¹ Licenciada en Filología Hispánica por la Universidad de Oviedo, institución en la que se desempeña como Investigadora en Formación, colabora en tareas docentes y desarrolla su tesis doctoral sobre el escritor William Henry Hudson. Ha realizado diversos trabajos de investigación y participado en congresos de literatura argentina e hispanoamericana. Contacto: l.maudó@outlook.es.



Gustar el desierto

En 1871 –tres años antes de trasladarse a Londres–² William Henry Hudson (1841-1922) realizó un viaje a Río Negro, cuyas impresiones fue anotando en un diario y posteriormente publicó en *Días de ocio en la Patagonia* (*Idle Days in Patagonia*, 1893). Como ornitólogo deseaba descubrir nuevas especies de aves patagónicas y reencontrarse con aquellas que había conocido gracias a los movimientos migratorios.³

No fue, sin embargo, la fascinación de las viejas leyendas ni el deseo del desierto lo que me atrajo. Hasta que no gusté su sabor, en ésa y otras ocasiones posteriores, no supe lo que significaba para mí su tranquilidad y su soledad, ni imaginé las cosas extrañas que me enseñaría y con qué fuerza quedaría su recuerdo grabado en mi espíritu. Nada de eso me llevó allí, sino la pasión por la ornitología. (17)⁴

Desde los inicios de su relato, Hudson habla de gustar el sabor del desierto,⁵ algo que le permite vencer el sentido de practicidad y disfrutar de la comunión con la naturaleza. Logra experimentar sensorialmente la paz que emana de lo natural, y siente el vínculo del hombre con la Madre Tierra, la inclinación del ser humano a la barbarie: “Es duro vivir en el seno de una naturaleza indomada o sometida a medias, pero hay en ello una maravillosa fascinación” (62).

El desierto se irá perfilando para él como un espacio poseedor de un gran atractivo gracias a su esencia inconquistable, lo que hará que perdure para siempre en su memoria. Aunque este espacio no es objetivamente terrible o grandioso –sino que percibirlo como tal depende del sujeto que lo observa–, posee cualidades que pueden conducir a esa apreciación:

Tiene un aspecto de antigüedad, de desolación, de paz eterna, de un desierto que ha sido tal desde los tiempos más remotos y que continuará siéndolo siempre. Y sabemos que sus únicos habitantes son un pequeño número de salvajes nómades, que viven de la caza, como lo han hecho sus progenitores durante miles de años. (142)

Si bien el primer capítulo se inicia con un episodio algo trágico en el que se describe cómo estuvieron a punto de naufragar al comienzo de la expedición, y cómo los pasajeros casi fueron abandonados a su suerte por la tripulación, toda esta congoja se acaba rápidamente, cuando –todavía en una situación de peligro– llegan a la costa de la Patagonia y descienden del barco. Ante la contemplación del territorio, el autor del diario expresa su regocijo, y todo lo que anteriormente podría haber sido preocupación, e incluso miedo, desaparece, se transforma en fascinación:

¡La Patagonia estaba allí, por fin! ¡Cuán a menudo la había visto en mi imaginación! ¡Cuántas veces había deseado ardientemente visitar este desierto solitario, no hollado por el hombre, para descansar en la lejanía de su paz primitiva y desolada, apartado de la civilización! ¡Allí estaba, completamente abierto ante mis ojos, el desierto intacto que despierta tan extraños sentimientos en nosotros; la antigua morada de los gigantes, cuyas

² Hudson se fue a Londres en 1874, donde falleció en 1922 sin haber regresado nunca a Argentina.

³ Tenía un objetivo claro: convertirse en un naturalista. En la Patagonia, logró, de hecho, descubrir una nueva especie, la viudita negra chica, que fue bautizada por un tiempo como *Cnipolegus hudsoni* y actualmente se conoce como *Phaeotriccus hudsoni*.

⁴ Todas las citas de este trabajo se corresponden con la publicación de Ediciones Continente (2007). La traducción del inglés fue realizada por J. Hubert.

⁵ Más adelante hablará de “paladear una vez más ‘la dulce y amarga copa de la naturaleza salvaje’” (34), usando de nuevo un verbo directamente relacionado con el sentido del gusto.

pisadas impresas en la playa asombraron a Magallanes y a su gente, y le valieron el nombre de Patagonia! (17)

Tantas veces deseado e imaginado, ese territorio resulta ahora capaz de conmover un espíritu como el suyo. Una vez más, manifiesta su rechazo a la civilización y su amor por todo el territorio natural argentino. Si se conmueve ante la contemplación de la naturaleza en general, este sentimiento aumenta ante la maravilla de una naturaleza que no ha entrado en ningún momento en contacto con el hombre. Para Hudson el viaje a la Patagonia se revela vital para el alma: allí, en la nada, en el desierto, se siente libre. Hay algo de innato en la atracción del hombre por semejante espectáculo natural, algo que no es inculcado o enseñado, sino que procede de una pasión antigua que resurge con fuerza:

Era un desierto que había sido siempre un desierto y por tal razón la más dulce de las escenas, su antigua quietud interrumpida solamente por el reclamo de algún ave o los gorjeos de pájaros pequeños. Mientras tanto, el aire de la mañana que aspiraba se tornaba delicioso, y sentía que me llegaba como un débil perfume familiar. (18)

Tiene tal predilección por el paisaje que está ante él, que este aumenta su sensibilidad, y la escena que contempla –tan terrible para otros–⁶ se le antoja prácticamente un *locus amoenus*. Alude, además, al perfume de una “planta de buenasnoches”⁷ (18), que lo ha acompañado tanto en el Nuevo como en el Viejo Mundo, que sirve para vincular –a través de su memoria olfativa–⁸ la pampa y la Patagonia argentinas con Inglaterra.⁹

Sin embargo, cuando Hudson dice amar la naturaleza no lo hace porque cándidamente se imagine un paraíso terrenal. Al contrario, es plenamente consciente de que el contacto con esta no es siempre amable y de que el ser humano se ve en muchas ocasiones en la necesidad de combatirla.¹⁰

Infancia en la naturaleza

Desde muy niño –él mismo lo cuenta en su autobiografía *Allá lejos y hace tiempo* (*Far Away and Long Ago*, 1918)– pasaba largas horas contemplando todo aquello que lo rodeaba, y esta alta capacidad de observación acabó determinando su profesión, puesto que prácticamente no recibió una educación reglada ni formó parte de la academia, aunque sí mantuvo contacto con reconocidos científicos, como German Burmeister o Francisco P. Moreno:

En invierno, aquellos pájaros llevan a cabo una migración parcial al norte; durante esa estación nos visitaban bandadas enteras y de niño era un verdadero placer para mí

⁶ Los románticos argentinos experimentaron una gran conmoción ante su inmensidad. Ellos lo percibieron como una amenaza y tuvieron la impresión de que iba a devorarlos.

⁷ Se trata de una traducción literal e incorrecta de lo que Hudson denomina en la versión original *evening primrose plant*, el nombre que comúnmente se da en inglés a la *Oenothera*, que en español se denomina usualmente *onagra*. En Argentina es también conocida como *flor de la oración*.

⁸ No solo, también el canto de un pájaro será capaz de despertar en Hudson la nostalgia y el recuerdo de su amada Argentina una vez que se encuentre en Londres. De este modo, los paseos por la campiña inglesa le permitirán evocar la pampa.

⁹ Si bien Hudson siempre privilegió la barbarie frente la civilización y la libertad de la pampa frente a la urbanidad de Londres, debe tenerse en cuenta que en sus obras unió estos dos países a través de diversos elementos, y que ambos tuvieron siempre algo que ofrecerle.

¹⁰ Sobre esto versa el capítulo seis, titulado “La guerra contra la naturaleza”, que había sido publicado en 1883 en la revista *Merry England* bajo el título “The settler’s recompense”.

escuchar cómo sus sonoros chillidos quebraban el silencio mucho antes de que llegaran a verse los pájaros en el cielo. (88-89)

Si bien en este libro Hudson se refiere fundamentalmente a su persona, y no entra en exceso en explicar los derroteros que siguieron sus cinco hermanos, sí incide en la diferencia, en el hecho de que su carácter taciturno y meditabundo era algo que lo identificaba, de ahí que pueda inferirse que este gusto por lo natural no procedía de una influencia familiar. Su padre se dedicaba sin éxito a los negocios, mientras que su madre, que fue la encargada de la educación de los hijos, se centró mayormente en aspectos religiosos y morales, aunque contrató también a instructores ingleses para que aumentasen su formación dentro del ámbito del hogar. Hudson no menciona en su autobiografía que sus padres le transmitiesen conocimientos científicos o motivasen en él un especial interés por la naturaleza, si bien es cierto que su madre amaba a los seres vivos, y facilitó y alentó el que sus hijos pasasen el mayor tiempo posible al aire libre:

Desde muy niño adquirí el hábito de vagabundear a mi aire buscando con qué entretenerme; sólo años después, cumplidos ya los doce, me confesó mi madre la zozobra que le había producido aquella peculiaridad mía. Casi siempre que iba a comprobar qué hacían los niños, me echaba en falta, y después de llamarme y buscarme, terminaba por encontrarme escondido en algún recóndito rincón de la plantación [...] experimentó un gran alivio al descubrir que había razones comprensibles y justificadas que explicaban mi presencia allí: que estaba observando algún pájaro... (96)

A pesar de que todos crecieron en un ambiente natural, disfrutando de la libertad de la pampa argentina, el gusto por lo natural se dio en William Henry de manera especial. El entorno le influyó tanto que, cuando a los treinta y tres años se trasladó a Inglaterra, se llevó todas las impresiones que le había causado consigo, y las transmitió en sus obras. En todas ellas privilegió la soledad y la quietud de la vida en la naturaleza frente a la civilización, en la que, sin embargo, decidió pasar el resto de sus días.

La expedición y el accidente

Volviendo a *Días de ocio en la Patagonia*, los miembros de la expedición empiezan su ruta sin llevar con ellos comida o bebida porque se les ha informado de que más adelante hallarán unas chozas en las que podrán aprovisionarse. Hudson expresa como para él no hay “nada tan delicioso como ese sentimiento de alivio, de desahogo y libertad absoluta que se experimenta en una vasta soledad donde el hombre tal vez nunca ha vivido o, por lo menos, no ha dejado rastros de su existencia” (18), y, de hecho, no se alegra al encontrar esas citadas construcciones. El entusiasmo de los demás dura poco, puesto que descubren que están deshabitadas (habían sido atacadas por los indios), mientras que él va a sentirse “secretamente feliz de poder gozar un poco más de la naturaleza salvaje” (19). Queda claro que Hudson es consciente de su situación de diversidad, de que esas emociones que surgen en él no son comunes a aquellos que le rodean: “El viaje al sur argentino fue una de sus experiencias más exaltadas. Su aislamiento, así como lo acercó a un encuentro íntimo con el mundo natural, le mostró la distancia con sus semejantes” (Solari 18).

No obstante, el desierto se vuelve mucho más duro ante la presencia del cansancio y el hambre, y, a pesar del éxtasis que en ocasiones experimenta, Hudson sí siente y padece:

En esta baja planicie el calor se tornaba sofocante; no había árbol alguno que nos protegiera del sol; todo era un monótono desierto de pasto seco del que se levantaban, a medida que avanzábamos, multitud de mosquitos que nos recibían con un coro de

zumbidos. La hermosura de la mañana, que tanto nos encantara al principio, se había esfumado y nos resultaba casi odioso mirar ese paraje. Estábamos bastante fatigados, pero el calor, la sed y sobre todo el zumbido de los voraces mosquitos no nos permitían detenernos para descansar.

En medio de tanta desolación descubrí algo de interés: un singular pajarito de finas formas y suave color pardo amarillento. Posado en un tallo, emitía un silbido claro, prolongado y lastimero a intervalos regulares, que podía oírse desde medio kilómetro; esa nota no modulada era su único canto. (20-21)

Ante las necesidades más vitales –el descanso, la comida, la bebida, etc.–, el gusto por la contemplación de la naturaleza queda relativizado, dado que hay algo más apremiante inquietando su alma. Sin embargo, toda penuria que pueda vivir en el desierto es curada por el simple canto de un pájaro.

Al poco de emprender su viaje, una herida en la pierna causada accidentalmente por el revolver de su amigo inglés lo postra en un lecho, y es precisamente esto lo que frustra sus planes iniciales. El no poder realizar las investigaciones previstas es lo que finalmente le permite dedicarse plenamente a la observación y al disfrute de la naturaleza (al igual que sucede con las obras de arte, cuya contemplación tiene que ver con el deleite y una cierta ociosidad).

Hudson dice preferir la compañía de la naturaleza a la de otros seres humanos, quienes, si bien no le importunan, llegan a cansarle.¹¹ Encuentra la mayor de las dichas en la soledad y en observar el entorno como si de un cuadro se tratase:

No capturé nada ni descubrí cosa alguna; y, sin embargo, aquellos días de forzosa ociosidad no dejaron de ser felices. Después de abandonar mi cuarto, rengueando y ayudado por un grueso bastón, visitaba las casas vecinas, en las que departía con hombres y mujeres, oyendo día a día el relato de sus triviales asuntos, que nada tenían que ver con las aves, hasta que empezaron a interesarme, aunque no demasiado. Siempre me alejaba de ellos sin pesadumbre, para tenderme sobre el verde césped y fijar la mirada en los árboles o el cielo azul, pensando en todas las cosas imaginables. (26)

Lo sublime de la naturaleza

La obra de arte invita a pensar a su espectador en las cosas más variopintas, incluso en aquellas que *a priori* no parecen relacionados con la obra en sí. A Hudson, la contemplación de la naturaleza le está transmitiendo lo mismo que a otros les sugiere la del arte. Si en el siglo XVIII se desarrolla la idea de *gusto*, y aquel que lo posee es capaz de apreciar la belleza –con lo cual es una cualidad del sujeto y no del objeto–, se desarrolla también la de *lo sublime de la naturaleza*. Hudson es capaz de experimentar en su alma el efecto de lo sublime, de captar la grandiosidad y la belleza del desierto patagónico. Precisamente el desierto es uno de los elementos naturales que Immanuel Kant menciona en *Observaciones sobre el sentimiento de lo bello y lo sublime* (1764): “De ahí que los grandes vastos desiertos, como el inmenso Chamo, en la Tartaria, hayan sido siempre el escenario en que la imaginación ha visto terribles sombras,

¹¹ Este estado de ensimismamiento no es el que describe en todas sus obras, y seguramente se deba a una especial atmósfera natural de la que deseaba gozar. Las historias de los gauchos, por ejemplo, las disfrutaba enormemente, y las incluyó en varios de sus libros. Además, aunque el ser humano no es lo que más le está interesando en *Días de ocio en la Patagonia*, sí tiene palabras de cariño y agradecimiento para quienes le ayudaron tras su accidente, y dice que no hay mayor joya que “el amor del hombre por el hombre y la ley de servicial bondad escrita en un corazón” (31).

duendes y fantasmas” (14-15). La imaginación de Hudson, sin embargo, parece vagar por escenarios más felices, si bien sí percibe su inmensidad, su vastedad desoladora. Poseería esa delicadez de imaginación¹² de la que habla David Hume en *Sobre la norma del gusto* (1757), lo que le permite experimentar el sentimiento correcto de lo bello o, en este caso, de lo sublime:

En los albores del siglo XVIII, en cambio, la idea de lo sublime se asocia ante todo a una experiencia no vinculada al arte sino a la naturaleza, y en esta experiencia se otorga un lugar privilegiado a lo informe, lo doloroso y lo terrible [...]. En esta época, en cambio, el universo del placer estético se divide en dos regiones, la de lo bello y la de lo sublime, aunque esas dos regiones no están completamente separadas [...], porque la experiencia de lo sublime adquiere muchas de las características atribuidas anteriormente a la experiencia de lo bello. (Eco 281-282)

Constantemente, usa la palabra *placer* para expresar el sentimiento que surge en él al escuchar el canto de un pájaro: “mi mayor placer consistía en observar las golondrinas purpúreas” (33) o “Fuera verano, otoño, invierno o primavera, era siempre un placer oír el canto de los pájaros de la Patagonia” (95). Y precisamente a la música de los pájaros de América del Sur dedica un capítulo entero, en el que intenta dar algunas explicaciones técnicas¹³ –comparando siempre las aves sudamericanas con las británicas–, y se refiere a las aves con entusiasmo e incluso cierto preciosismo.

Este placer que experimenta Hudson tiene –al menos en su opinión– mucho que ver con la incapacidad de describir aquello que lo suscita. Esta impotencia coincide con la que tantas veces se experimenta ante la obra de arte, apenas aprehensible a través de la palabra:

¡Quién puede dar una idea de semejantes sonidos con símbolos tales como las palabras! Es fácil decir que un canto es corto, prolongado, variado o monótono; que una nota es dulce, clara, vigorosa, débil, alta, penetrante, aguda, etc., pero todo esto no nos muestra el carácter distintivo del sonido; estos vocablos sólo descubren las cualidades genéricas, no las específicas e individuales. (97)

Si a nivel genérico se puede definir el canto de un pájaro, sus matices rehúyen la representación o explicación. El ser humano intenta en vano clasificar las emociones que nacen en él entre las que conoce, pero no existe nada totalmente equiparable:

Cuando oímos un canto que todos denominan “tierno”, reconocemos quizás alguna cualidad que se asemeja levemente a la ternura del lenguaje o canto humanos, o nos afecta como ella; pero si pensamos un momento, percibimos que no es ternura, que no ha emoción humana, que el efecto no es nunca el mismo. Lo hemos descrito así porque carecemos de vocablos más adecuados para expresar fielmente tales sentimientos. (97)

¹² Esta sensibilidad también es algo que se educa y que se va conformando a partir de los gustos e intereses personales del individuo, como bien se muestra en el capítulo once, que Hudson dedica al sentido de la vista. Así, mientras él es capaz de distinguir seis especies de gorriones diferentes entre aquellos que le rodean en un determinado momento, su amigo patagón –habitado a hacer trampas en el juego– es capaz de diferenciar los naipes gracias a la diversa coloración de su dorso. El propio Hudson hace referencia a esto al explicar que: “Vemos con claridad lo que nos interesa y proporciona placer o provecho, mientras que otras cosas, en las que encontramos sólo un interés general o que nada significan para nosotros, las observamos con menor atención y olvidamos con facilidad” (108).

¹³ En parte porque no encuentra satisfactorias las observaciones realizadas con anterioridad por naturalistas europeos como Darwin.

Este placer indefinible coincide también con el gusto, dado que no todos lo experimentan, y Hudson explica que: “No es raro encontrar personas absolutamente indiferentes a las voces de las aves, así como existen otras a quienes la música humana, vocal o instrumental, no les produce ninguna emoción” (102). Parte del placer estético que obtiene Hudson del territorio patagónico –en este caso concreto del canto de las aves– deriva de su conocimiento de este. En diversas ocasiones expresa, sin embargo, una emoción sensible que va más allá de la simple comprensión científica, del eureka ante lo que se reconoce. Es un espíritu exaltado por la presencia de la naturaleza, como san Francisco de Asís en el *Cántico de las Criaturas*.¹⁴ No es razón sino pasión lo que expresa. De hecho, del mismo modo que afirma que él se siente más afín a las criaturas terrestres por ser las que conoce científicamente, también hace referencia a una especial sensibilidad necesaria para llegar al deleite ante lo natural:

Todos los sonidos naturales producen sensaciones agradables en las personas sensibles: el golpeteo de la lluvia sobre las hojas en el bosque, el murmullo del viento, el mugido de las vacas, el choque de las olas contra la costa y, volviendo a los pájaros, los agudos tonos del chorlo, el lamento del chorlito, los gritos de las aves migratorias, el graznido de las cornejas en los olmos, el ulular de las lechuzas y el asombroso aullido del grajo en el bosque nos proporcionan deleite apenas menor que el producido por los cantos ajustados de cualquier melodista. (104)

Los cantos a los que alude Hudson tienen también cierta condición de lo sublime, tal y como lo describió Kant. Gracias a su variedad, ímpetu y fuerza, la música de las aves sudamericanas no es simplemente bella, como la de las aves británicas:

Esas terribles voces, que nunca rompen la quietud y el silencio de los bosques ingleses, nos afectan como la vista de las montañas y torrentes o el ruido de los truenos o de las olas que chocan contra la playa, sorprendiéndonos la energía ilimitada y la alegría siempre constante de los pájaros salvajes. El lenguaje de los pájaros que cantan en un bosque de Inglaterra puede ser comparado a una banda compuesta enteramente por pequeños instrumentos de viento, con un limitado número de sonidos que no producen ruidos disonantes ni contrastes violentos, ni nada que desagrada al que escucha, sino una ejecución dulce pero algo insípida. Los sonidos que escuchamos en los bosques sudamericanos tienen más el carácter de una orquesta en la cual toma parte un enorme número de variados instrumentos, con muchas discordancias ruidosas, mientras que los delicados tonos, que suenan a intervalos, parecen, por contraste, infinitamente más dulces y bellos. (104)

Por supuesto –y como ya se viene apuntando–, el canto de las aves no es lo único que causa placer a este ornitólogo. Dice a propósito de un cactus que encuentra en su camino:

su fruto, del mismo tono, es tan insípido que nadie lo come. Pese a ello, como su color es tan hermoso, sólo verlo proporciona suficiente placer. La planta no es muy común, y aun

¹⁴ Si bien Hudson no vincula estas emociones a la unión íntima con Dios y exalta la naturaleza en sí misma. No deja, sin embargo, de existir en él una religiosidad natural y un cierto misticismo, al que se aludirá más adelante. No debe olvidarse que se crio en un ambiente puritano y que la pequeña biblioteca de su familia estaba compuesta fundamentalmente de libros religiosos; si bien la lectura de Darwin y el conocimiento de las teorías evolucionistas pusieron en jaque esas lecturas.

andando todo el día no es fácil encontrar muchas de esas frutas: como las piedras preciosas, existen en pequeñas cantidades. (42)

Nuevamente, la belleza de una especie natural le produce placer a través de su simple contemplación. No es la única oportunidad en la que Hudson compara algo con piedras preciosas, lo hace con cierta frecuencia a lo largo de *Días de ocio en la Patagonia*, siempre disminuyendo su valor frente al descubrimiento con el que las confronta:

Volviendo al tema del río, su magnetismo es probablemente intensificado por los monótonos tintes gris, verde y marrón de sus orillas. El brillo de las aguas, con su poderoso efecto, nos fascina, y la vista se posa en ellas como en un camino de plata reluciente; es decir, de plata en ciertas condiciones de la atmósfera y de pulido acero, en otras. (42)

Algo que llega realmente a entusiasmarle –alcanzando el éxtasis– es la contemplación del arco iris: “[...] apareció ante nuestros ojos un espléndido arco iris de colores tan vivos que prorrumpimos en exclamaciones de júbilo. Cabalgamos cerca de una hora admirando esta visión de gloria” (43-44). De hecho, definirá ese día como “día de gloria y esplendor sobrenatural” (44), e intentará describir la experiencia:

Tales visiones son como ciertos sonidos, que no sólo nos deleitan con su pureza y calidad, sino que despiertan en nosotros sentimientos imposibles de escudriñar y analizar; resultan familiares y, sin embargo, extraños, con una belleza que no pertenece a la tierra; como si un amigo muy querido, muerto hace tiempo, transfigurado, inesperadamente nos mirara desde el cielo. (44)

Al igual que pasa con el canto de las aves, escasean las palabras; si bien dedica varias a intentar explicar el porqué de la excepcionalidad de este arco iris patagónico respecto a otros que había contemplado anteriormente, llegando a la conclusión de que “en aquel invierno gris y en esa región donde el panorama es tan pobre en matices, hacía resaltar poderosamente su hermosura, de manera que el espectáculo nos embriagaba como el vino” (44).

Algo semejante ocurre ante “una extraordinaria y magnífica puesta de sol” (44). No obstante, todos estos fenómenos no producen tales efectos en el alma del individuo si no es él mismo el que los contempla, y la simple descripción de los mismos no basta para transmitir esa capacidad de conmoción, que, además, puede ser muy diversa, dependiendo del sujeto que la experimenta: “Había leído y oído hablar con frecuencia de este fenómeno y muchas personas me habían asegurado que lo vieron ‘con sus propios ojos’. Pero uno no sabe qué es lo que otros han observado” (45).

Siente también emoción al ver la nieve, y en esta ocasión es tal vez algo más intensa porque se encuentra ante un fenómeno natural que nunca había visto, ni tan siquiera en otro lugar:

Sentí gran placer al contemplar lo que tanto había deseado; lo esperaba hacía varios meses; pero, ya en las postrimerías del invierno, tenía pocas esperanzas de alcanzarlo. Este placer era puramente intelectual, y cuando me pregunto si había en él algo más, un sentimiento profundo, indefinido, sólo puedo contestar que no. (75)

La emoción ante la contemplación de la nieve no sorprende a Hudson –como sí le sucede ante otros tesoros de la naturaleza–, sino que es algo que espera sentir, dada la magnitud de su deseo por experimentarla. Tras realizar una serie de reflexiones sobre el frío y la blancura de la nieve, y su influencia en el ser humano, opina que:

ese algo misterioso que nos emociona ante la vista de la nieve deriva del animismo que existe en nosotros y de una forma animista de considerar todos los fenómenos excepcionales. Los sentimientos misteriosos que provoca la tierra nevada no resultan tan extraordinarios, sino que tienen características semejantes a los causados por muchos otros fenómenos, y éstos pueden experimentarse, aunque de una manera muy sutil, casi cualquier día de nuestra vida, si vivimos en contacto con la naturaleza. (79)

El animismo

Para Hudson, el animismo es “la proyección de nuestro espíritu en la naturaleza, la atribución de la propia vida consciente y la inteligencia a todas las cosas, esa facultad primitiva y universal en la que se funda la filosofía animista de los salvajes” (79). Sin embargo, para poder llegar a esta proyección, el hombre debe encontrarse en una situación determinada, no se alcanza fácilmente:

en momentos de emoción; cuando volvemos a las condiciones primitivas de la mente, la tierra y toda la naturaleza, están vivas, son inteligentes y sienten como nosotros. Cuando, después de varios días nublados y tristes, aparece el sol inesperadamente tibio y brillante, ¿quién no ha pensado en ese primer momento que la naturaleza toda participa de su alegría consciente? O, en las primeras horas de una gran congoja, ¿quién no ha experimentado un sentimiento de asombro y aun de resentimiento ante la vista de un claro cielo azul y de una tierra bañada por el sol? (80)

El animismo, por lo tanto, no se produce siempre ni ante todos los fenómenos de la naturaleza; y, además, es necesaria una cierta familiaridad con ese elemento natural. Hudson opina que “Entre esos fenómenos extraordinarios, la nieve resulta, tal vez, el más impresionante” (80), y añade que “el animismo en mí es más fuerte con respecto a los fenómenos terrestres, con los cuales estoy más familiarizado” (81).

La relación de Hudson con la naturaleza proviene, por lo tanto, no solo de su entusiasmo por esta, sino de su particular forma de entender el mundo. Aunque había sido criado dentro de las doctrinas del protestantismo, no acababa de encontrar en estas las respuestas a sus acuciantes dudas y preocupaciones, ni a su miedo a la muerte. Nunca se sintió del todo cómodo con las enseñanzas religiosas de su madre –especialmente desde que descubrió las teorías evolucionistas–, pero tampoco las rechazó por completo. Sin duda, era un ser profundamente espiritual, y transmitió la idea de lo sobrenatural a aquello que más amaba:

Hudson no es ingenuo; lo que quiere expresar es que, por más racionales que podamos ser, por más conocimientos que podamos adquirir, el misterio de los fenómenos naturales continuará manifestándose para quien no haya perdido la capacidad de sentir, para quien todavía mantenga vivas la facultad y la sensibilidad de asombrarse ante ellos. En él conviven el científico y el místico, la sed de conocimiento racional junto al misterio. (Arocena 75)

Su animismo le permitió sobrecogerse ante la naturaleza, experimentar una profunda emoción, un gran placer, a través de su simple contemplación. Sin embargo, el placer y el gusto que Hudson experimenta están relacionados con la fugacidad, como bien explica Herminia Solari:

Hudson no tiene una mirada ingenua en cuanto a la posibilidad de regreso a la naturaleza. Si la distancia entre nuestro género y ella se magnifica con el desarrollo civilizatorio, no

es simplemente una cuestión que pueda salvarse con una propuesta de sencilla vida bucólica. Está lejos de los desarrollos teóricos contemporáneos que verán el carácter social que media en nuestros conceptos y experiencias de la naturaleza. Aunque considera que en ella está el origen del ser humano y afirma su supervivencia en nuestras profundidades, la cultura genera una profunda lejanía y los encuentros con aquélla, aunque intensos, son fugaces. Esa suerte de integración frustrada con el objeto amado fue expresada de modo ficcional en *La edad de cristal*, *Mansiones verdes* y en *Un niño perdido*. (19)

En la unión con lo natural es el ser humano el que se ve transformado: “Sólo pueden atribuirse tales modificaciones a una reversión instantánea al estado primitivo y completamente salvaje de nuestra mente” (136). Experimenta una regresión a su ser original, pero esta no es vista en un sentido negativo, sino como vuelta a una felicidad olvidada:

lo que verdaderamente ha entrado en nuestra alma, haciéndose psíquico, es nuestro ambiente, esa naturaleza salvaje en la cual y para la cual nacimos en un período inconcebiblemente remoto, y la que nos hizo lo que somos. Es cierto que hemos sabido adaptarnos; hemos creado y vivimos en una especie de armonía con las nuevas circunstancias, diferentes en extremo de aquellas para las cuales vinimos al mundo originariamente; pero la antigua armonía era mucho más perfecta que la actual y, de haber en nosotros una memoria histórica, no sería raro que los momentos más dulces de nuestra existencia, sea feliz o desgraciada, fueran aquellos en que la naturaleza nos atrae hacia ella y, tomando su olvidado instrumento, toca una vieja melodía que hace muchos siglos no se escuchaba en la tierra. (141)

Algunas consideraciones finales

A lo largo de *Días de ocio en la Patagonia* Hudson se aproxima al mundo del desierto a través de todos los sentidos, fundamentales en su obra. Gracias a estos describe con minuciosidad – mediante la composición de microescenas– lo que, aparentemente, es indescriptible. Tal y como indicó Guillermo Ara:

Hay que leer todo Hudson para alcanzar la suma de alardes en el conocimiento del pájaro y su canto que integró una existencia de ochenta años vividos casi totalmente en la intimidad de ellos. Estaba orgulloso de poseer un calendario musical en que cada pájaro escuchado en las más extrañas circunstancias, tenía representado su canto. Pero el ver y el oír no es todo, como él decía. Están los otros caminos por los cuales la plural realidad lo solicitaba con punzadora elocuencia: el gusto, el olfato, el tacto, que auxiliaron fielmente los dos sentidos primordiales. (211-212)

La observación pasiva del entorno, el conocimiento derivado de la experiencia sensible, ha formado su gusto, su capacidad de percibir lo bello y lo sublime en la naturaleza, algo que no cambiará nunca en su vida, y ese gusto que ha ido adquiriendo y perfeccionando se trasladará con él a la campiña inglesa. El escritor es consciente de que estas preferencias lo separan del otro –“Es indudable que, en la soledad, la naturaleza salvaje no nos afecta a todos en el mismo grado, y puede ser que muchos no experimenten en los desiertos de la Patagonia las emociones que he descrito” (142)–, si bien no será, ni mucho menos, el único entre sus contemporáneos que experimente este exaltado aprecio por lo natural. En Londres encontrará espíritus afines, con los que emprenderá proyectos como la fundación en 1889 de la *Royal Society for the*

Protection of Birds; mientras que en 1916 será nombrado socio honorario de la asociación Aves Argentinas.

Podemos concluir, con Hudson, que “cada individuo habita un pequeño mundo propio y lo que para los demás es únicamente una parte de la oscuridad que ensombrece las cosas, él lo ve con una nitidez sorprendente que le ayuda a conocer sus misterios” (108-109).

Obras citadas

Ara, Guillermo. “Introducción a Hudson.” *Cursos y conferencias*, año XXVI, septiembre de 1957, pp. 203-222.

Arocena, Felipe. *De Quilmes a Hyde Park. Las fronteras culturales en la vida y la obra de W. H. Hudson*. Buenos Aires Books, 2009.

Eco, Umberto. *Historia de la belleza*. Traducido por María Pons Irazazábal, Lumen, 2008.

Hudson, William Henry. *Allá lejos y tiempo atrás*. Traducido por Miguel Temprano García, Acantilado, 2004.

_____. *Días de ocio en la Patagonia. Diario de un naturalista (1893)*. Traducido por J. Hubert, Ediciones Continente, 2007.

Kant, Immanuel. *Lo bello y lo sublime; La paz perpetua*. Traducido por A. Sánchez Rivero y F. Rivera Pastor, Espasa-Calpe, 1972.

Solari, Herminia. “Guillermo Enrique Hudson: naturaleza y religión.” *Anales de la Universidad Metropolitana*, vol. 8, n.º 1, 2008, pp. 15-26.